

Sumario:

La recepción de Santo Domingo a nivel continental, más allá de sus dificultades tenidas antes y durante su realización, no ha sido lo suficiente como para desentrañar la savia que fecundó a la Iglesia. Por eso, hoy, Santo Domingo viene a significar para la Iglesia Continental, una memoria irrenunciable, una esperanza creativa y una presencia desafiante, de un proyecto pastoral inacabado a nivel continental.

Acercamientos
pastorales a
Santo Domingo en su
X aniversario

*

Padre Francisco Merlos Arroyo

Licenciado en Teología Dogmática, Universidad Gregoriana, Roma. Licenciado en Pastoral y Catequesis, Universidad Estrasburgo, Francia. Coordinador y Profesor de Teología Pastoral, Facultad de Teología Universidad Pontificia de México y en la Universidad Intercontinental.
enlacepastoral@hotmail.com

A la vuelta de 10 años Santo Domingo (SD) ya forma parte de la reciente tradición pastoral de la Iglesia latinoamericana. Su presencia como acontecer histórico y su incidencia posterior como texto escrito son referencias reveladoras de los anhelos que nutrieron apasionadamente su momento celebrativo. Hoy reconocemos en SD un hito de nuestra historia eclesial. Junto a Medellín, Puebla y Río de Janeiro constituyen, de alguna manera, el proyecto pastoral de la Iglesia del Continente.

Quizá SD desencantó a muchos que esperaron de él mayor audacia en las tareas evangelizadoras. Quisieron que se hubiese situado con mayor radicalidad del lado de los indígenas y de los pobres. Hasta temieron que diera marcha atrás en cosas sustanciales. Por un lado le negaban la garra y la osadía de Medellín, y por el otro, no le reconocían el sabor evangélico de Puebla. Total, parecía destinado al limbo de los eventos intrascendentes. Había nacido con mala estrella, casi como un ser discapacitado...

Las mismas dificultades internas que se vivieron durante la celebración de la IV Conferencia (metodológicas, de enfoque, de opciones, de estilo y de lenguaje) eran indicadoras del desafío que implicaba ofrecer una palabra significativa y comprometedora, en un continente que estaba en ebullición por la fecha del V centenario que celebraba algo, lo que fuese y como quiera que eso se entendiera. La pasión estaba a flor de piel y polarizaba las posturas. La incertidumbre por el futuro de la Asamblea no era poca.

174

Sin embargo SD, desde sus múltiples penurias, sigue siendo una referencia obligada y una propuesta vigente en sus coordenadas fundamentales: *Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana*. Referencia y vigencia cuya fuerza reside en las líneas programáticas que aún quedan por realizar, de acuerdo a la ilusión que alimentó las expectativas de la Iglesia de entonces.



A continuación propondré un conjunto de *acercamientos pastorales*, con la intención de hacer una serena relectura de Santo Domingo y actualizar la savia que fecundó a la Iglesia de América Latina hace ya una década.

I. Santo Domingo memoria irrenunciable

A nadie debe extrañar que la memoria remita a la experiencia. Es su fiel evocadora. Sin duda SD fue un acontecer donde se dieron cita las corrientes más vivas y contrastantes de la Iglesia de la época: sociales, teológicas, espirituales, pastorales. La fecha conmemorativa –polémica de por sí– y los temas centrales que se tocarían contenían un potencial de controversia que exigía sensatez, clarividencia y ecuanimidad. Esa fue la experiencia de SD y por tanto también su memoria intransferible.

La memoria y la experiencia configuran la historia. Y ésta es espacio donde se forjan identidades. La historia es matriz de identidad que genera un estilo propio de ser y de existir.

La Iglesia latinoamericana no podrá ser suficientemente entendible si no asume a SD como parte de su identidad histórica. En su interior se evidenció el hilo conductor del Espíritu que pretendió edificarla con los carismas solidariamente compartidos por laicos, religiosos, presbíteros y obispos, todos ellos portavoces de las comunidades eclesiales dispersas por el Continente.

No fue fácil doblegar las resistencias y los atavismos de quienes preferían la seguridad doctrinal a la búsqueda de la frescura evangélica. Tampoco era agradable participar en una reunión y escribir un documento que se limitara a repetir lo de siempre. Menos interesante aún era eliminar las diferencias en las formas de interpretar la fe, elaborando una teología monocorde.

SD aceptó el reto de vivir su experiencia contrastante y hasta conflictiva, para seguir edificando la Iglesia de Jesús en el tiempo, como una sinfonía de voces diferentes. La comunión y la diversidad al fin de cuentas son obra del mismo Espíritu, que crea unidad respetando discrepancias. Si SD no acertó del todo, hay que atribuirlo



a la natural limitación de toda búsqueda humana, más que a la falta de amor por la Iglesia.

Como acontecimiento de la Iglesia en América Latina, SD quiso aprender una vez más a leer los signos de Dios en la historia, como tarea que brota de su vida teológica. Se propuso escuchar la llamada de Dios para interpretar y descubrir su designio, asumiéndolo con responsabilidad y comprometiéndose con El en tareas evangelizadoras muy diversas. Interpretando a SD con palabras de Puebla: *“para los cristianos, la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentádola y descubriéndola encarnada en otros. Del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino”*¹.

SD lee y relee, reconoce y actualiza, recoge y proyecta, acepta y reinterpreta la experiencia de su fe, en continuidad no solo de lo que hicieron las anteriores Conferencias episcopales latinoamericanas, sino también en armonía con la fe marcada por la apostolicidad. Y así se encuadra perfectamente en la experiencia de la catolicidad, que es a la vez una y diversa.

II. Santo Domingo esperanza creativa

Hubo en SD actitudes para todos los gustos: desde las escépticas y optimistas hasta las pesimistas y triunfalistas, pasando por las mesuradas y llenas de cautela... lo cual indicaba el difícil trayecto que debían recorrer las propuestas pastorales emanadas de esa Asamblea. Sin embargo también se hicieron presentes espíritus esperanzadores, que prefirieron generar actitudes constructoras de futuro. De allí que el clima positivo experimentado, haya tenido como causa inmediata a estas personas, entre las cuales sin duda debe mencionarse a D. Luciano Mendes de Almeida, obispo brasileño, coordinador de las sesiones plenarias, hombre realmente evangélico que se atrevió a “esperar contra toda esperanza”, a la manera del patriarca Abraham.

¿En qué consistía esta esperanza creativa? Básicamente se trataba de hacer de SD un “moderno aerópago” desde el cual se pudiese

1. Documento de Puebla, 274.



proclamar la fe en “Jesucristo ayer, hoy y siempre” (Heb 13,8), como vértice y clave fundamental de *la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana*.

La esperanza creativa era una opción deliberadamente tomada, a partir de la cual se intentarían caminos inéditos al Evangelio, en la conciencia de que su proclamación y su praxis es una obra inacabada, a menudo sembrada de conflictos que ofuscan las mentes e inhiben los espíritus.

No obstante las múltiples resistencias al evangelio que se dieron en aquel momento, SD tuvo la virtud de sacudir letargos y romper inercias, inaugurando alternativas capaces de generar, con el poder del Espíritu, “hombres renovados y libres, conscientes de su dignidad”. La comunidad creyente, convencida de su condición de mediadora de Dios en la historia, se propuso alertar “las conciencias con el Evangelio, contribuyendo a despertar las energías dormidas para disponerlas a trabajar en la construcción de una nueva civilización”².

La esperanza creativa tiene su principio fundante en el Reino de Dios cuya edificación se constituye en la utopía central de los discípulos de Jesús. Él y solo Él es capaz de desencadenar las energías latentes y de poner en juego los talentos, que hacen posible el proyecto de hombre y de sociedad que Jesús proclamó con su palabra y con su vida.

Desde esa esperanza creativa existió la persuasión de que el Reino aún sigue siendo modesta semilla que ha de desarrollarse hasta convertirse en árbol adulto y fecundo. Pero el precio que ha de pagarse para que ello suceda SD lo subraya, al declarar enfáticamente que espera la respuesta coherente de “personas y grupos sobre quienes gravitan una particular responsabilidad eclesial y social”³.

Si solo eso hubiese logrado la IV Conferencia habría prestado un enorme servicio a la Iglesia, próxima a concluir el segundo milenio y a iniciar el siguiente con una mística capaz de encarar el futuro con osadía cristiana.

2. Discurso inaugural de Juan Pablo II, 19.

3. Todo el mensaje a los pueblos de América Latina y el Caribe está expresado en términos de esperanza.



III. Santo Domingo presencia desafiante

SD se desarrolló bajo el signo del desafío. El lenguaje contemporáneo usa frecuentemente el término desafío para designar las exigencias que brotan de un determinado contexto histórico. En todos los ámbitos de la existencia humana, dentro y fuera de la Iglesia, la palabra desafío ha venido a significar la voluntad sostenida de convertirse en protagonistas de la historia, enfrentándola con lucidez, sabiduría y capacidad de decisión.

Los desafíos suelen entenderse como realidades (situaciones/ acontecimientos) dotadas de una fuerte carga de provocación y de cuestionamiento, que obligan a revisar mentalidades, actitudes y formas de conducta, a replantear proyectos y a tomar decisiones inaplazables, si se pretende ser protagonistas de la historia y no simples espectadores de la misma.

Los desafíos surgen cuando hay envejecimiento y decadencia, cuando se da un desfase entre la acción y los cambios históricos irreversibles, cuando hay inadaptación de la persona a su entorno, cuando aparece el desencanto, la frustración y la esclerosis, el aburrimiento y la sensación de inutilidad. Cuando se desploman las seguridades que engendraron inercias, en fin, cuando se ve amenazado el sentido más profundo de la vida, surge el desafío como fuerza irrefrenable que no se puede eludir.

SD en ello fue clarividente. Sus intuiciones fueron más allá de los linderos eclesiales. Quiso trascender para acercarse a los grandes problemas que se avecinaban galopando con el inicio del siglo XXI. Algunos de viejo cuño, solo revestidos de mayor urgencia. Otros de reciente aparición y cargados de cuestionamientos inéditos para la fe cristiana. Ambos enmarcados en el desafiante fenómeno de la globalización, que muchos comenzaban a visualizar como el preludio de una nueva civilización emergente⁴.

Ciertamente SD no abordó la globalización con la precisión y claridad con que se hizo más tarde. Pero en su espíritu aleteaba la

4. Cfr. El tercer milenio como desafío pastoral. Informe Celam 2000, Santa fe de Bogotá, 2000.



convicción de que “un cambio de época” se estaba gestando en las matrices culturales más hondas de la humanidad. Ella, en efecto, comenzaba a vivir el sacudimiento de la interrelación, de la interdependencia y de la interacción, cuyas secuelas se dejan sentir en un conflicto entre la homogeneización implacable y la persistencia de la identidad y la originalidad.

Se tiene que agradecer a SD el habernos recordado la dimensión sociocultural de la existencia, donde el Evangelio ha de resplandecer y transformar lo que Evangelii Nuntiandi denominó “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” que están en contraste con Él⁵.

IV. Santo Domingo proyecto pastoral inacabado

Nadie duda que SD quiso ser una propuesta renovada, no solo restaurada, de proclamación y praxis cristiana de los valores esenciales del Evangelio. Nuevos acentos se requerían y con ellos nuevos lenguajes y nuevos enfoques. Nueva audacia profética. Vigor apostólico rejuvenecido. Estrategias surgidas de imaginación creadora. En fin, proyecto evangelizador con nuevo diseño es lo que se anhelaba.

En palabras de SD: “la Nueva Evangelización exige *la conversión pastoral de la Iglesia*. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinanismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal”.⁶

Y es tal vez aquí, en la conversión pastoral, donde SD encontró las mayores resistencias. La conversión pastoral es el inicio de todo proyecto pastoral que se respete. Y ello significa exactamente estar dispuestos a revisar y a reorientar las mentalidades pastorales, las relaciones y actitudes de pastor, la primacía de los valores, las opciones pastorales que de hecho se tienen, los criterios que norman el pastoreo,

5. Evangelii Nuntiandi, 19.

6. Documento de Santo Domingo, 30.



en una palabra, las motivaciones profundas y las convicciones existenciales que forman parte de la personalidad pastoral.

En este contexto una cosa parece cierta: quien no está dispuesto a que le toquen su personalidad pastoral para realizar los cambios sustanciales que se requieren, se mantendrá anclado en la periferia de la vida, añorando lo nuevo, pero sin la audacia necesaria para hacer impacto en lo medular.

Muchas propuestas inteligentes e inspiradoras de SD se quedaron en el tintero o simplemente durmieron en el documento escrito. Vieron la luz, pero su vida fue efímera, debido a la incapacidad de quienes estamos llamados a crear condiciones, abrir caminos y espacios nuevos, romper inercias asfixiantes, dejar esclavitudes pastorales de dudosa autenticidad, en fin, rescatar la centralidad del Evangelio en las tareas pastorales.

Lo inacabado del proyecto de SD se traduce en imperativo para quienes lo miramos como potencial de incalculable riqueza pastoral, surgida en la década de los años 90. Un verdadero proyecto pastoral pudo haber nacido de las entrañas generosas de SD. Y si nació el proyecto, quizá no se realizó con la misma intensidad y compromiso en todas las regiones de América Latina. No se implementó con estrategias congruentes en todas partes. Se quedó en muchos casos en utopía irrealizable, no por imposible sino por inalcanzable. En la década de los 70 un autor latinoamericano decía que el atraso de América Latina se debía, entre otras cosas, a que es un conjunto de pueblos con obras comenzadas y nunca terminadas... ¿Será atribuible también a nuestras Iglesias? En el fondo subyace la cortedad de una visión histórica que se resiste a ser coprotagonista con Dios en su proyecto.

V. Santo Domingo interrogante desestabilizador

No puede decirse que SD sea sin más un capítulo cerrado del pasado reciente de la Iglesia. No puede sostenerse que ya cumplió su ciclo vital y que debe morir para dejar paso a otras cuestiones más actuales. En realidad su actualidad no ha pasado. Sus exigencias continúan provocando al Continente latinoamericano. Sus cuestionamientos no han sido satisfechos ni sus respuestas han generado todos los cambios significativos que pudieron efectuarse.



Quizá convendría considerar a SD como el gran interrogante aún no respondido, ni con iniciativas coherentes, ni con la revisión de las actuales estructuras pastorales, ni con mentalidades y estilos renovados para realizar el Ministerio Pastoral. Aún aguarda la movilización eclesial que soñó para el servicio de la evangelización continental. Inhibiciones, temores, frenos o incapacidades han impedido desatar energías para edificar la Iglesia que Jesús quería.

SD es pregunta abierta a cada persona, a los grupos, a las instituciones, a los ministerios, a las teologías, a las espiritualidades, a las diversas opciones pastorales que circulan y coexisten en la Iglesia. Es interrogante ineludible que desafía la capacidad de inventiva y de compromiso con el Evangelio.

Así como SD intentó dar una serie de respuestas a los grandes problemas que se detectaron en la época, también suscitó una cantidad de interrogantes, que solo podrían responderse si los hijos y las hijas de la Iglesia se aceptaban a sí mismos como gestores de evangelización en alianza con el Espíritu.

La respuesta suele ser pacificadora y fuente de seguridad. La pregunta suele ser incómoda y ocasión de búsqueda para construir futuro.

Como pregunta la IV Conferencia latinoamericana no ha agotado su potencial de dinamización eclesial. *La nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana* no son de las tareas que hayan concluido. Por el contrario, siguen siendo onerosos cuestionamientos que ponen contra la pared al discípulo de Jesús en América Latina. La sociedad, la Iglesia y la cultura no parecen impregnarse de los valores profundos del Evangelio. La problemática se ha vuelto más aguda, los abismos más infranqueables y los procesos más complicados. La utopía no ha cristalizado en opciones concretas y estrategias congruentes. Los pobres siguen más pobres. Los indígenas más excluidos. Los laicos viviendo todavía en la tolerancia eclesiástica. Muchos clérigos aún se consideran el centro de la Pastoral. La calidad, la profundidad, la eficacia, la actualidad y la credibilidad de muchas comunidades cristianas están en entredicho. ¿Entonces?



SD sigue en pie como pregunta quemante, como utopía sostenible, como opción sustentable. Ciertamente muchos obreros esforzados del Evangelio hicieron de SD su programa de vida pastoral; su mérito es indiscutible; pero la trágica situación del Continente nos dice que quedan numerosos campos por cultivar, muchos surcos por sembrar, muchos sueños por convertir en realidad.

Epílogo

Hay que reconocer que el saldo final de SD, ha sido significativamente positivo. No obstante su difícil nacimiento y su fatigosa evolución posterior, supo poner el dedo en varias llagas pastorales que América Latina no se ha atrevido a restañar. Es una provocación permanente a nuestra creatividad pastoral de cara a las tareas de *la evangelización, la promoción humana y la cultura*.

SD no ha perdido autoridad moral para quebrar inercias, para destruir comodidades y para sacudir perezas mentales en los responsables del Evangelio.

No hay neutralidad: o evangelizamos o deseangelizamos.

No obstante sus carencias de contenido, de enfoque y de estilo, SD no puede simplemente quedar como un episodio irrelevante de la Iglesia latinoamericana. No puede mirarse como un asunto concluido. Por el contrario, es una asignatura pendiente para todas las Iglesias particulares del Continente. Su aporte es irreversible, pues los clamores del Espíritu se escucharon claramente antes, durante y después de la IV Conferencia latinoamericana. Si no se han secundado no será por culpa de SD como tal, sino de nuestra ineptitud para tomar en serio los derroteros que ha marcado en nuestra historia reciente.

Por eso a la distancia de 10 años se puede leer SD con mayor serenidad y valorar el alcance de su mensaje con más profundidad. Un mensaje que está llamado a afectar simultáneamente a las personas, a las estructuras pastorales y a los métodos con los cuales pretendemos dar cauce al Evangelio.

SD no ha muerto.